

MI PRIMERA VEZ

Estos días, mientras ordenaba mi biblioteca particular, cayó en mis manos el libro “39 veces la primera vez”, un ejemplar que no recordaba y en el que se narra, de la forma más natural, las experiencias de 39 personas el primer día de su puesta en largo haciendo el amor. Sin duda éste es uno de los momentos cruciales para muchas personas, un punto de inflexión, uno de esos momentos más o menos afortunados que se graban en la mente para siempre.

Para los astrónomos aficionados existe también una especie de pérdida de virginidad celeste: la primera vez que se mira por un telescopio. En mi caso fue una fría noche de invierno y contaba con 15 primaveras.

Había cenado huevos fritos con “cansalada” y de postre el consabido tazón de leche caliente con madalenas. Estaba nervioso y entusiasmado al mismo tiempo. El telescopio había llegado por la mañana, se trataba de un dobson de 20cm y 1000mm de focal comprado de segunda mano por cuatro duros (que me costaron mucho ganar).

Salí al balcón a eso de las 23h, un octavo piso responsable en gran manera de mi afición, una ventana al universo con vistas al este y buena parte del sur, que me elevaba por encima de gran parte de Balaguer, mi ciudad. El termómetro debía rondar los 0 grados y recuerdo que era un 30 de diciembre, porque mis padres preparaban en el comedor su fin de año mientras miraban en la tele uno de esos programas de resúmenes anuales. Como aún no conocía a “Murphy” para que me nublara el estreno, Orión y el Can Mayor lucían esplendorosos. Los prismáticos Superzenith 20x50 con los que había pasado casi un lustro escudriñando el cielo no salieron conmigo esa noche. Iba abrigado como de costumbre: un anorak naranja encima del pijama... Cual fue el primer objeto que ví con ayuda óptica? M 41. Pues con el telescopio me estrenaría con éste. Me costo un poquitín acostumbrarme al menor campo que me daba el reflector con su único ocular Huygens respecto a los prismáticos. El buscador de poco me sirvió, ya que como es habitual no estaba alineado, y ni lo estuvo en toda la noche. A puro ojo, al final di con él, aquel nubarrón difuso en los 20x50 paso a convertirse en un paisaje de puntos estelares. Me froté los ojos. Sabía que ese momento era especial. Respiré y volví al ataque. Creo que perdí la noción del tiempo y pasé el resto de la observación vagando sin rumbo por el cosmos. A eso de las 2 de la madrugada, mi madre me devolvió a la realidad con una reprimenda: aún estás aquí! De todas formas esa noche mis progenitores se habían comportado bastante bien, ya que clásicos como: “que hace ese niño afuera con este frío en pijama...”, se oyeron muy poco.

Me fui a la habitación, puse el “Love Theme” de Blade Runner, y empecé a soñar con las posibilidades que me abría mi nuevo juguete: podría ver galaxias?

- Publicado en ASTRUM (Enero 2008) -